

## Notas para una imposible historia del compromiso literario

Antonio García Velasco

Si definimos el compromiso literario como la actitud expresiva de denuncia social, con el afán de transformar el mundo, acabando con la injusticia y opresión, tal vez la historia de este compromiso se simplificaría enormemente. Pero, el componente estético es esencial en todo mensaje artístico, en toda obra literaria. Por otra parte, la palabra es obra colectiva de una sociedad determinada y de un tiempo –el lenguaje evoluciona y las palabras de hoy no tienen los mismos sentidos que tuvieron ayer. Y la literatura se hace con palabras.

Cuando decimos compromiso hemos de decir con qué o con quién. Por ejemplo, si tomamos el siguiente poema: “Caudillo de la nueva Reconquista, / Señor de España, que en su fe renace / sabe vencer y sonreír, y hace / campo de pan la tierra que conquista. // Sabe vencer y sonreír... Su ingenio / militar campa en la guerrera gloria / seguro y fiel. Y para hacer historia / Dios quiso darle mucho más: el genio. // Inspira fe y amor. Doquiera llega / el prestigio triunfal que le acompaña / mientras la Patria ante su impulso crece / para un mañana, que el ayer no niega, para una España más y más España / la sonrisa de Franco resplandece.”, ¿Se llegaría a la conclusión de que es literatura de compromiso? ¿Literatura comprometida? ¿Acaso literatura de propaganda política? ¿Dónde poner el límite del compromiso social y el compromiso político?

Otro poema podemos contraponer al anterior: “Tu carta –oh noble corazón en vela, / español indomable, puño fuerte-, / tu carta, heroico Líster, me consuela / de esta, que pesa en mí, carne de muerte. // Fragores en tu carta me han llegado / de lucha santa sobre el campo ibero; / también mi corazón ha despertado / entre olores de pólvora y romero. // Donde anuncia marina caracola / que llega el Ebro, y en la peña fría / donde brota esa rúbrica española, // de monte a mar, esta palabra mía: / “Si mi pluma valiera tu pistola / de capitán, contento moriría”.

¿Cuál figuraría en una antología de poesía comprometida? ¿Cuál en una antología de poesía de propaganda política? ¿Ambas en cualquiera de las dos antologías posibles?

Se podría matizar: compromiso social frente a compromiso con el poder dominante, sea del signo que sea este poder. Pero, ¿cuándo decimos compromiso social estamos, realmente, hablando de defensa de los intereses sociales de justicia distributiva, de igualdad real, de solidaridad? ¿De defensa de la verdad?

Por ejemplo, en los años 30, en la corriente de poesía social, cívica o política, un autor como Emilio Prados manifiesta su deseo de un mundo mejor cantando a una Unión Soviética que tenía mucho de utópica, de ideal, de quimérica, cuando la realidad era bien distinta: la imposición de un totalitarismo dictatorial que tomaba el comunismo por bandera, como en Alemania lo tomó el nacionalsocialismo con Hitler a la cabeza, en Italia el fascismo con Mussolini, o, en España, el movimiento nacional con Franco. Decía Emilio Prados: “*Existen en la Unión Soviética / millones de hombres que trabajan. / Ellos saben que un día / brotará de sus manos la vida de unas alas. / Ellos saben que un día / la igualdad de sus brazos será eterna / que morderá la máquina el acero o el viento / única boca hambrienta esclavizada / mientras libres sus cuerpos ostentarán desnudos / la rosa humana de su esencia. [...] No hay amos / solo un dueño que vive en las conciencias / como la luz por darse al ser únicamente. [...] En cada granja en Rusia / como un nido que nace / una flor que comienza en medio de sus pájaros. / Allí en cada fábrica / como un árbol que crece / el corazón de Lenin que se eleva cantando / iluminando el universo*”. Ciertamente era seductor el sueño de una sociedad justa, igualitaria, sin amos, sin esclavos. ¡Lástima que la realidad estropee los sueños, las utopías, los paraísos humanos! ¿Eran esos versos literatura comprometida? ¿Comprometida con quién, con quiénes?

Si admitimos la idea de que la literatura comprometida es la literatura crítica, satírica –burlesca o no-, que desde la estética –siempre desde la estética- busca ese mundo mejor al que hemos aludido, propone la lucha desde la conciencia individual por una sociedad más justa, formada por personas más críticas y conscientes, menos alienadas y desorientadas, hasta se podría hacer una extensa antología siguiendo las líneas de la historia.

Sea cual sea la idea de compromiso, lo cierto que es que el arte literario –todo arte, en definitiva- se ha utilizado, con frecuencia, al servicio de la transformación individual y social. Pensemos, por ejemplo, en los cuentos de don Juan Manuel, que pretenden, ante todo, enseñar de manera agradable para los lectores. Su compromiso, pues, es “enseñar y deleitar”, con el arte literario, con

la narración. Su afán de transformación se orienta hacia los individuos. La poesía, la literatura en general, siempre ha sido considerada como un medio educativo, es decir, un medio de transformación (no es necesario decir individual y social). Si Platón desterraba a los poetas de su ciudad ideal es porque, en la misma, la educación no había de descansar ya en esa herramienta estética y política<sup>1</sup>. Otros muchos autores griegos y posteriores han resaltado el poder educativo de la literatura. Ese era su compromiso. Por ejemplo Hesíodo habla de cantar las normas y las buenas costumbres: ¿no nos recuerda esto la idea de los neoclásicos, empeñado en educar al pueblo con el teatro, con la literatura? Recordemos a Moratín, recordemos a Jovellanos. Y volviendo a los clásicos, también Aristófanes habla de que los poetas son dignos de admiración por su capacidad educadora y, por tanto, por hacer mejores a los ciudadanos. En la misma línea podríamos poner a Esquilo. No obstante, también se habla ejemplos nocivos – deseducadores– en las obras poéticas. Naturalmente, cabe preguntarse: ¿qué es deseducador en la literatura, cuándo?

La respuesta a la anterior pregunta nos lleva a otra reflexión: lo que ataca al sistema social y que, por unas u otras razones, puede inducir a actitudes críticas es, desde la perspectiva del poder, deseducador. ¿El compromiso del escritor, pues, es educar o deseducar? ¿Educar es fomentar el espíritu crítico o, por el contrario, proponer el conformismo y el elogio al sistema social? Otra postura cabe: la neutralidad. Pero, entonces, chocamos con la afirmación de Sartre cuando habla de la complicidad del escritor con la injusticia si no la denuncia. Posiblemente lo más aconsejable es retomar la idea de André Gide cuando afirma que la literatura, el arte, no puede seguir consignas, que el único compromiso admisible del escritor es con la verdad, que puede que con la verdad sirva a la “Revolución”, pero sin ponerse al servicio de la “Revolución”, que lo primero en el artista es “conservar intacto la integridad de su

---

<sup>1</sup> Eduardo Zaro Jiménez, en su artículo La crítica platónica de la poesía como crítica de la tradición oral (Revista Tales, N° 4, 2011, pp. 75-87, web:

[https://revistatales.files.wordpress.com/2012/05/75\\_nro4nro-4.pdf](https://revistatales.files.wordpress.com/2012/05/75_nro4nro-4.pdf)), defiende la idea de que Platón sólo tenía a Homero como referente de la poesía, quien representaba la tradición oral y, en realidad, esos son los poetas que destierra de su República, ya que es otro el modelo de política (de pedagogía) el que se impone: “Platón no está interesado en juzgar los méritos estéticos de la poesía, sino en desacreditar su función social y educativa. La poesía era fuente de instrucción y saber. Platón propone una nueva *paideia* en la que los poetas no son necesarios”.

pensamiento”, que una literatura servil es una literatura envilecida...Vamos a seguir viendo ejemplos de usos literarios para, al menos, tener criterios para hablar del compromiso del escritor, partiendo siempre de la idea de que se ha venido considerando compromiso a una suerte de militancia de izquierdas, con trasfondo político-social. Queremos ampliar el concepto y a ello van encaminados los ejemplos.

### **Compromiso en la antigüedad clásica**

Nos trasladamos a la antigua Grecia, donde la lucha por el poder y la influencia estuvo ligada a la literatura, en cualquiera de sus formas. Por ejemplo, la *Ilíada* y la *Odisea* se recitaban o cantaban como poemas fomentadores del sentido de la solidaridad entre todos los pueblos griegos, en contra de los otros pueblos, los bárbaros. Homero era como la biblia griega. Hasta tal punto que Solón (siglo VI a. C) intercaló un verso en la *Ilíada* para reivindicar para Atenas la isla de Salamina. Para Solón la lírica constituyó un modo eficaz de introducir sus reformas y apoyar sus intereses de legislador. ¿Cuál fue el compromiso de los poetas que se prestaron a tal servicio? La poesía “comprometida” con el poder apoyó la guerra. En el año 490 (a. de C.) la obra de teatro de Frinicio, *La conquista de Mileto*, se convirtió en el medio de incitar a los atenienses a poner toda la resistencia posible a los persas. O sea, estamos ante casos concretos de literatura usada al servicio de la política, “comprometida” con los poderes políticos y económicos. Pero, acaso ¿no es eso lo que pretendía Sartre cuando afirma: “El escritor “comprometido” sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio”? Las palabras, dice el pensador francés, en otro momento, son “pistolas cargadas”. Y el escritor, “si habla, tira”. Nos podemos plantear la importancia de los objetivos del tiro.

Pericles favorece las artes a modo de propaganda política. Y sus enemigos pusieron en circulación chistes –esa otra forma de arte literario- que lo ridiculizaban y comedias con críticas mordaces. ¿Eran comprometidas estas manifestaciones y no las que favorecían al poder de Pericles? El dramaturgo Esquilo (525 a 456 a. de C.), desde la creencia de que la tragedia debería ser vehículo de enseñanzas, alecciona al pueblo, se muestra partidario de no minar la autoridad del Estado, de la disciplina moral y el orden. Pero insiste tanto en la oposición a la tiranía como en la medida en la libertad de los ciudadanos. Estaba comprometido con sus ideas. También Sófocles (495 a 405 a. de C.) pregona el principio democrático de

Pericles, el mismo que ve menoscabado la oposición a éste. Más tarde Eurípides (480 a 406 a. de C.) habla en su obra *Las Suplicantes* de “la mejor forma del Estado”: “Lo peor que puede haber para un pueblo es el dominio de un solo hombre. / Porque no hay entonces ley para todos preceptiva, / sino que un hombre solo tiene el poder; / ley son sus deseos. ¿Dónde entonces la igualdad? / Otra cosa muy distinta es que allí / donde el derecho escrito impera, donde pobre y rico / han de atenerse a iguales leyes; donde se puede imponer / el pobre al rico cuando la causa es justa; / distinto es el grito de la libertad: “Quien ansíe servir al Estado / mediante su buen consejo, que hable”. / Porque entonces el discurso aporta honor y el silencio / no se le impone a nadie. Eso es la igualdad”. O dice por medio de Teseo a Adastratos, rey de Argos, organizador de la guerra contra Tebas: “Jóvenes hidalgos te han seducido, / porque su ambición ansía una guerra, y de la justicia, / de la miseria del ciudadano, poco se cuida su pasión. / Busca el uno el esplendor del alto cargo, / busca el otro poder, con que saciar sus concupiscencia, / y el fin del otro es el dinero. Y que el pueblo sufre, / de eso ninguno de ellos se preocupa. / En el Estado hay tres clases: / los ricos, ociosos zánganos, que nunca sacian su ambición. Ello conduce al peligro / cuando el pobre, el pueblo bajo, siente envidia; / cuando azuzado por viles halagadores, / incitado por la apetencia, reta a los ricos. / Sólo la clase media mantiene el Estado, / sumiso a la ley y la Constitución”. ¿Quién no dice que es un discurso para hoy mismo? ¿Qué ha cambiado desde el mundo griego clásico a hoy? Eurípides escribió lo que pensaba, lo que creía, con arte, en el ámbito de sus obras dramáticas. Y su compromiso nos ha llegado hasta nuestros días. No pretendió fines de partido, pero, como poeta, al hablar desde su posición de tal, ejerció influencias innegables. Aún hoy.

Si consideramos la comedia griega, tenemos que pensar en obras críticas, censura que trata de impedir las representaciones, libertad que, “constitucionalmente”, terminaba imponiéndose. Pero, ¿qué era compromiso político partidista y qué lucha desde la conciencia crítica por un mundo mejor, mostrando lo verdadero? Entre los comediógrafos podemos citar a Cratino, que no pudo disimular su animadversión a Pericles y Aspasia de Mileto, la mujer –culto, maestra de retórica– que siempre estuvo unida a él; a Aristófanes, también autor de comedias políticas, defensoras de la paz y de la justicia: en *Las avispas* fustiga a los administradores de justicia y presenta al pueblo como esclavo de los demagogos; en *Paz*, mediante una fusión de realidad y fantasía, presenta el rescate, por el pueblo, de la Paz secuestrada; también en *Lysistrata* (año 411 a. de C.),

manifiesta sus deseos de paz; *Las ranas* (405 a. de C.) es también una comedia política de oposición como todas las de Aristófanes.

En Roma tuvo más importancia la sátira política que el teatro crítico. Por ejemplo, las invectivas de Catulo contra César. Y de nuevo la pregunta: ¿tales obras podrían considerarse literatura comprometida o literatura política? Horacio, por citar uno de los grandes poetas romanos, militó en contra del poder desde el bando republicano. Pero, por la obra de Augusto (63 a. C- 14 d. de C.), llegó a cantar los beneficios alcanzados por las leyes e imposiciones de éste: “¡Viniste tú, oh Augusto! Impetuosa vino la prosperidad / y las más ricas venturas descendieron sobre nuestros campos. / No sólo restituiste a tu patria el grandioso robo de los partos, el águila. / No, tú cerraste también el templo de Quirino / y con tus leyes atenuaste concupiscencias, / expulsaste el vicio e hiciste que de nuevo floreciera / la austera disciplina de las costumbres, ornato de nuestros padres. / En tanto el baluarte de Augusto vele por el mundo / no podrá la ciega cólera forjarse armas, / y no habrá guerra fratricida, no habrá tumulto o poder / que ahuyente el sosiego, perturbando la benigna paz”. ¿Fue un compromiso interesado el canto de Horacio, celebrando los logros político-sociales de Augusto?

Virgilio se comprometió con su patria tratando de devolverle su pasado glorioso. Y compuso la *Eneida*. Pero también trata de imponer –cantar- su idea de gobierno: “Tú eres romano, que ésta sea tu vocación. / Gobierna el mundo, pues que eres su señor, dale la paz, la civilización y las leyes, / sé propicio a quienes se someten dóciles / y en la guerra doblega la obstinación del rebelde”.

O sea, tanto Virgilio como Horacio fueron poetas cortesanos, aunque no aduladores del poder, de Augusto. ¿Con qué, pues, estaban comprometidos? Más nos darían que hablar los autores de la época republicana posterior, donde imperó la sátira (Juvenal, finales del siglo I, comienzos del siglo II), la novela crítica (*El asno de oro*, de Apuleyo, siglo II) o la comedia.

## **Edad Media**

Tras estos apuntes sobre la época clásica y saltándonos la oscuridad de la baja Edad Media, al llegar a ésta, hemos de centrarnos en la literatura española, por razones obvias.

En la Edad Media, quizás como las fuentes de la que procede, se concebía la literatura con fines utilitarios, es decir, didácticos. Las colecciones de *cuentos* (*Calila e Dimna*, *Sendebâr o Libro de los engaños y asayamientos de las mujeres*, *El conde Lucanor*...) así lo acreditan. Aunque también contamos con *El libro de Buen Amor*, que ya pone en entredicho el valor docente de la literatura. O, al menos, lo utiliza como un elemento más de la obra literaria. Aunque podemos encontrar obras de carácter crítico y, quizás, directamente, comprometido. Sirvió el Arcipreste de Hita a la verdad, a su visión de la verdad, sin servilismos a la “ideología” imperante, sin someterse a las “consignas” del teocentrismo eclesiástico. Por ello no duda en su crítica a todos los estamentos sociales: “Yo vi en corte de Roma, do es la santidat, / que todos al dinero fassen grand' homilidat, / grand' honra le fasçian con grand' solenidat, / todos a él se homillan como a la magestat. // Fasie muchos priores, obispos, et abades, / arçobispos, doctores, patriarcas, potestades, / a muchos clérigos nescios dávaes dinidades, / fasie de verdat mentiras, et de mentiras verdades. [...] Dava muchos juisios, mucha mala sentençia, / con muchos abogados era su mantenençia, / en tener pleytos malos et faser avenençia, / en cabo por dineros avía penitençia”.

Los ejemplos más notables de poesía crítica los encontramos en el siglo XV. Con la reflexión de algunos de estos ejemplos comenzamos, aunque volvamos a siglos anteriores. Así, *Las coplas de Mingo Revulgo*, hechas por Hernando del Pulgar al señor Conde de Haro, Condestable de Castilla, a quien explica la alegoría de su obra, no sin antes realizar una breve introducción: “Ilustre señor, para provocar a virtudes, y refrenar vicios, muchos escribieron por diversas maneras. Unos en prosa ordenadamente; otros por vía de diálogo; otros en metros proverbiales, y algunos poetas haciendo comedias y cantares rústicos; y en otras formas, según cada uno de los escritores tuvo habilidad para escribir. Lo cual está asaz copiosamente dicho, si la natura humana inclinada al mal se contentase, y como estómago fastidioso no demandase manjares nuevos, que le despierten el apetito para la doctrina, que requiere la salvación final, que todos desean. Estas coplas se ordenaron a fin de amonestar al pueblo a bien vivir”. Naturalmente, no dice las cosas sino por medio de la alegoría, así Gil Arribato es un pastor que pregunta a Mingo Revulgo (otro pastor) por su situación. El pueblo Revulgo contesta que está mal por culpa del pastor que ha descuidado sus obligaciones (Justicia, Fortaleza, Prudencia y Templanza) y ha dejado al ganado a su suerte (llegan los lobos y destruyen el ganado). Arribato responde que la disposición del pueblo no proviene sólo de la negligencia del pastor, sino también

de su mala condición como pueblo, y que si rigiesen la Fe, Esperanza y la Caridad, no padecerían los males que tiene. Aún anuncia Arribato que el pueblo padecerá guerra, hambre y mortandad. Como era de esperar la solución estará en la oración, confesión, contrición y la penitencia. Estamos en una época de teocentrismo cristiano.

Las *Coplas de Di Panadera* son una sátira contra los caballeros que participaron en la batalla de Olmedo, donde las tropas de Juan II y el condestable don Álvaro, su valido, vencieron a los nobles sublevados. Pero la historia no olvida que don Álvaro fue ejecutado en 1453 y, al año siguiente moría Juan II, dejando paso al siniestro Enrique IV.

Observemos otro título: *Coplas fechas al rey don Henrique reprehendiéndole sus vicios y el mal gobierno de estos reynos de Castilla*. Su autor es anónimo pero las críticas son claras: Los tributos excesivos: “Abre, abre las orejas, / escucha, escucha pastor, / que no oyes el clamor / que te hacen tus ovejas. / Sus voces suben al cielo / quejando su desconsuelo, / que las trasquilas a engaño / tantas veces en el año / que nunca las cubre el pelo. [...] Has sacado tanta lana / que, si te dieras la maña / hubieras hecho una manta / que cubriera toda España. / Mas como la has repelado, / el viento te la ha llevado; / que no era tu intención / dirigida a salvación, / mas provecho del ganado”. La represión: “Haces mil persecuciones / en el ganado roñoso, / y dejas por los rincones / lo peor y más tiñoso. / Los unos andan matando / y los otros prosperando; / y donde llega su roña, / es tan fuerte su ponzoña / que mata luego en llegando”. La inacción del gobernante ante los abusos de sus secuaces: “O tú vives engañado, / o piensas que somos bobos, / trayendo por perros lobos, / ¿cómo medrará el ganado? / Andan por esas manadas / las ovejas degolladas / y comidos los carneros; / y tú, por solo los cueros, / daslas por bien empleadas”. La desigualdad ricos-pobres: “Tú tienes tanta caldera, / tanto de carro y herrada, / tanto barreño y natera, / que es cosa demasiada. / [...] No hay majada que no embarque / tu hatillo y tu gacelado, / que ya las burras de lado / no pueden llevar la carga, / y recelan el cargar; / como tienen el sivar / tan lleno de mataduras / y las albardas tan duras, / que le habrán de derribar”.

Gómez Manrique arremete contra los gobernantes en “*Exclamación e querrela de gobernación*”: “En un pueblo donde moro / al nesçio fazen alcalde; / hierro preçian más que oro, / la plata danla



de balde. / La paja guardan los tochos / e dexan perder los panes; /  
Cazan con los aguilochos, / cómense los gavilanes. // Quemán los  
nuevos olivos / guardan los espinos tuertos, / condenan a muchos  
vivos, / quieren salvar a los muertos. / Los mejores valen menos: /  
¡mirad que gobernación, ser gobernados los buenos / por los que  
tales no son!”. Sigue la descripción del mal gobierno con apuntes  
como “Es peligro navegar / en galera sin los remos, / mas mayor es  
conversar / con quien sigue los extremos”. Termina diciendo:  
“Todos los sabios dixeron / que las cosas mal regidas, / cuanto más  
alto subieron / mayores dieron caídas. / Por esta causa recelo / que  
mi pueblo con sus calles / habrá de venir al suelo / por falta de  
gobernalles”.

La Danza de la Muerte, es un poema satírico y, a la vez, recuerda que todos los seres humanos son iguales ante la muerte. Naturalmente, ricos y poderosos (padre santo, emperador, rey, cardenal, patriarca, duque, arzobispo, obispo...) se resisten más a seguir la invitación de la Muerte a danzar. Este tipo de composición supone un repaso social, donde cada estamento revela su actitud, su ambición, sus prioridades en la vida.

El humanista Sem Tob (¿1290-1369?) es considerado el primer judío que escribe en castellano. Dedicó sus Proverbios morales al rey Pedro I y, en ellos, podemos encontrar consejos de vida inspirados tanto en la experiencia personal como en la Biblia, el Talmud, Avicébrón, Pedro Alonso y otros: “La vara que menguada / dice el comprador, / esa misma sobrada / llama el vendedor”; “Poco vale el saber / al que de Dios non tiene / temor, nin presta aver / que a pobres non mantiene”; etc.

En muchos de los autores medievales se percibe el tono moralizante de sus composiciones, siempre desde la perspectiva teocéntrica y cristiana, es decir, partiendo de la idea de que, en esta vida, es necesario hacer méritos para la otra, considerada la verdadera. Jorge Manrique lo expuso con claridad: “Este mundo es el camino / para el otro, qu'es morada / sin pesar; / mas cumple tener buen tino / para andar esta jornada / sin errar. / Partimos cuando nascemos, / andamos mientras vivimos, / e llegamos / al tiempo que feneçemos; / assí que cuando morimos, / descansamos. // Este mundo bueno fue / si bien usásemos dél / como debemos, / porque, según nuestra fe, / es para ganar aquél / que atendemos. / Aun aquel fijo de Dios / para subirnos al cielo / descendió / a nacer acá entre nos, / y a vivir en este suelo / do murió”. Y las

mismas ideas encontramos en otros autores. Sus reprehensiones, pues, son en nombre de las creencias cristianas: Ruy Páez de Ribera (siglo XV) anuncia en su decir: “Este decir fiso e ordenó el dicho Ruy Páez de Ribera sobre la fortuna, si es mudable o non. E después sigue si su proceso contra la pobreza, e va diciendo della todos sus trabajos e dolores e quebrantos, de los cuales él pasó parte en este mundo”. Contrasta, en efecto, la vida del rico con la del pobre, admitiendo que en la pobreza “...non nace ninguna virtud”.

Obviamente, muchos de los escritores medievales escriben sus versos según sus creencias personales y, también, según las modas literarias del momento. En tal sentido se podrían añadir muchos nombres que dejan sentir sus voces críticas y sus afanes de contribuir a una mejor humanidad.

En el siglo XV, el marqués de Santillana, en *Doctrinal de los privados* (“fecho a la muerte del maestre de Santiago don Álvaro de Luna, donde se introduce el autor hablando en nombre del maestre”) aprovecha para reflexionar sobre la acumulación de riqueza que, tras la muerte, no ha de servir: “... Casa a casa, ¡guay de mí!, / E campo a campo allegué: / cosa ajena non dejé: / tanto quise, quanto vi. / Agora, pues, ved aquí, / cuánto valen mis riquezas, / tierras, villas, fortalezas, / tras quien mi tiempo perdí. // ¿Qué se me fizo la moneda / que guardé para mis daños / tantos tiempos, tantos años... / plata, joyas, oro e seda? / Ca de todo non me queda / sinon este cadahalso. / ¡Mundo malo, mundo falso, / non es quien contigo pueda. // Lo que non hice, haced, / favoritos y privados. / si queredes ser amados, / no vos tema, mas temed. / Templad la cupida sed; / consejad rectos juicios; / esquivad los perjuicios, / la razón obedeced”. Y siguen los ejemplos, para los vivos, claro, de aquel en cuyo nombre habla el marqués, criticando su modo de vivir desde esa perspectiva original de la prosopopeya. También se permite aconsejar al rey don Enrique, como en el soneto “Otro soneto quel marqués fizo al señor rey don Enrique, reinante”. Entre los consejos: “Porque el largo vivir nos es negado, / ínclito rey, tales obras faced / que vuestro nombre sea memorado: / amad la fama y aquélla temed”.

Juan de Mena, cordobés (1411-1456) nos deja, en *El laberinto o las Trescientas*, una reflexión, en tono alegórico, sobre la situación de España, del mundo de su época.

## Renacimiento, Manierismo y Barroco

Durante el Renacimiento, tiempo de Humanismo y preocupación por el hombre, los temas poéticos, sin embargo, hablan sobre todo del amor, siguiendo los tópicos del amor cortés. Pero hay temas que es preciso resaltar: a) las ruinas de ciudades o monumentos antiguos que habiendo brillado por su esplendor ahora son sólo muestras del devenir de la fortuna, ejemplos para el ser humano; b) es de sabios huir “del mundanal ruido”; c) el consejo de no andar por los extremos: “No curemos andar tras los extremos, / pues de ellos huye la filosofía / de los buenos autores que leemos”, dice Boscán en la Epístola a don Diego de Mendoza, y d) el “compromiso” de cantar a reyes y poderosos.

El Manierismo es más crítico, aunque juegue constantemente con la literatura: el *Quijote* es el mejor ejemplo.

En el Barroco se predica la idea de que si el tiempo de vida es breve, hacer el bien es lo que importa. Si en el Renacimiento la brevedad de la existencia era un motivo para aprovechar el momento presente, ahora lo que importa es tener el comportamiento adecuado para ganar la otra vida. Estamos ante una literatura satírica, adoctrinadora, moralizante. Pensemos en el soneto de Quevedo “CON EJEMPLOS MUESTRA A FLORA LA BREVEDAD DE LA HERMOSURA, PARA NO MALOGRARLA”: “La mocedad del año, la ambiciosa / vergüenza del jardín, el encarnado / oloroso rubí, tiro abreviado, / también del año presunción hermosa: / la ostentación lozana de la rosa, / deidad del campo, estrella del cercado, / el almendro en su propia flor nevado, / que anticiparse a los calores osa: / reprensiones son, ¡oh Flora!, mudas / de la hermosura y la soberbia humana, / que a las leyes de flor está sujeta. / Tu edad se pasará mientras lo dudas, / de ayer te habrás de arrepentir mañana, / y tarde, y con dolor, serás discreta”. Pero el “compromiso” de Quevedo va mucho más allá, tanto en sus obras en prosa, como en su famosa “Epístola satírica y censoria”, contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita al conde duque de Olivares: “No he de callar, por más que con el dedo, / ya tocando la boca, o ya la frente, / silencio avises o amenazas miedo. // ¿No ha de haber un espíritu valiente? / ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? / ¿Nunca se ha de decir lo que se siente? // Hoy, sin miedo que libre escandalice, / puede hablar el ingenio, asegurado / de que mayor poder le atemorice”. Y sigue la crítica al famoso valido. Cara le costó su crítica al autor. Sus letrillas satíricas, por otra

parte, bien merecerían un largo comentario, que, sin duda, no estaría completo si no se añaden las sátiras de Góngora.

No podemos, por razones de tiempo y espacio, continuar aludiendo a autores y ejemplos. Aunque, sin duda, merecería la pena el “compromiso” de cierto autores con el poder y las principios dogmáticos y morales de la Iglesia.

### **Siglo XVIII. Neoclasicismo**

Volvemos a la literatura ejemplar, educadora, aleccionadora del pueblo. Pero los grandes autores siguen comprometidos con el buen hacer, con el arte de la literatura, de la poesía. Diego de Torres Villarroel (1693-1770), escribe sonetos críticos como “Confusión y vicios de la corte”. No pretende, quizás, cambiar el mundo, pero sí dejar constancia de su condición: “Mulas, médicos, sastres y letrados, / corriendo por las calles a millones; / duques, lacayos, damas y soplones, / todos sin distinción arrebuados; // gran chusma de hidalguillos tolerados, / cuyo examen lo hicieron los doblones, / y un pegujal de diablos comadrones, / que les tientan la honda los casados; // arrendadores mil por excelencia; / metidos a señores, los piojosos; / todo vicio, con nombre de decencia, // en el burdel de holgazanes y de ociosos, / donde hay libertad suma de conciencia / para idiotas, malsines y tramposos”. Otros autores, como él, nos dejaron constancia de las costumbres populares, de las situaciones sociales, de los abusos de los poderosos, de la condición de los políticos. Y, en este caso, no podemos menos que apartarnos de la poesía y acudir a “Cartas Marruecas” de José Cadalso:

«*Política* viene de la voz griega que significa ciudad, de donde se infiere que su verdadero sentido es la ciencia de gobernar los pueblos, y que los *políticos* son aquellos que están en semejantes encargos o, por lo menos, en carrera de llegar a estar en ellos. En este supuesto, aquí acabaría este artículo, pues venero su carácter; pero han usurpado este nombre estos sujetos que se hallan muy lejos de verse en tal situación ni merecer tal respeto. Y de la corrupción de esta palabra mal apropiada a estas gentes nace la precisión de extenderme más.

»Políticos de esta segunda especie son unos hombres que de noche no sueñan y de día no piensan sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrezcan. Las tres potencias del alma racional y los cinco sentidos del cuerpo humano se reducen a una desmesurada ambición en semejantes hombres. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida a este fin. La

naturaleza pierde toda su hermosura en el ánimo de ellos. Un jardín no es fragante, ni una fruta es deliciosa, ni un campo es ameno, ni un bosque frondoso, ni las diversiones tienen atractivo, ni la comida les satisface, ni la conversación les ofrece gusto, ni la salud les produce alegría, ni la amistad les da consuelo, ni el amor les presenta delicia, ni la juventud les fortalece. Nada importan las cosas del mundo en el día, la hora, el minuto, que no adelantan un paso en la carrera de la fortuna. Los demás hombres pasan por varias alteraciones de gustos y penas; pero éstos no conocen más que un gusto, y es el de adelantarse, y así tienen, no por pena, sino por tormentos inaguantables, todas las varias contingencias e infinitas casualidades de la vida humana. Para ellos, todo inferior es un esclavo, todo igual un enemigo, todo superior un tirano. La risa y el llanto en estos hombres son como las aguas del río que han pasado por parajes pantanosos: vienen tan turbias, que no es posible distinguir su verdadero sabor y color. El continuo artificio, que ya se hace segunda naturaleza en ellos, los hace insufribles aun a sí mismos. Se piden cuenta del poco tiempo que han dejado de aprovechar en seguir por entre precipicios el fantasma de la ambición que les guía. En su concepto, el día es corto para sus ideas, y demasiado largo para las de los otros. Desprecian al hombre sencillo, aborrecen al discreto, parecen oráculos al público, pero son tan ineptos que un criado inferior sabe todas sus flaquezas, ridiculeces, vicios y tal vez delitos, según el muy verdadero proverbio francés, que *ninguno es héroe con su ayuda de cámara*. De aquí nace revelarse tantos secretos, descubrirse tantas maquinaciones y, en sustancia, mostrarse los hombres ser defectuosos, por más que quieran parecer semidioses».

Pero, ¿quién en el poder político, quién en la aspiración a dicho poder tendrán en cuenta las palabras “comprometidas” de José Cadalso?

Las fábulas nos ofrecen ejemplos de crítica y enseñanza, aunque pocas pretendan la crítica al poder.

## **Siglo XIX**

Ya se dijo que sólo podemos ofrecer unas notas para una imposible historia del compromiso en literatura. Y con notas seguimos. El romántico es hombre que busca la libertad y, con sus obras, conmover al lector o espectador de obras teatrales. Los realistas y naturalistas, cada uno con sus matices estilísticos, dan testimonio de la sociedad que les tocó vivir. Galdós, Clarín, Emilia

Pardo Bazán con sus novelas nos ofrecen un panorama completo de la sociedad española de su época. También en la poesía podemos encontrar ejemplos de compromiso y no digamos nada de la literatura contra el invasor francés que motivó la Guerra de la Independencia. La literatura contra el “gabacho” toma tintes de justificado panfleto.

Bretón de los Herreros arremete contra “Pecado de necios y gustos depravados”, contra la pereza, contra las mujeres deseosas de casarse cuanto antes.

Ya en la segunda mitad del XIX nos podemos encontrar con poetas como Gaspar Núñez de Arce, que, recordando y citando los versos de Quevedo compone unas “estrofas” críticas sobre la situación de España: “¡Ah!, si pudiera resonar la lira / que con Quevedo descendió a la tumba, / en medio de esta universal mentira, / de este viento de escándalo que zumba, / de este fétido hedor que se respira, / de esta España moral que se derrumba, / de la viva y creciente incertidumbre / que en lucha estéril nuestra fuerza agota; / del huracán de sangre que alborota / el mar de la revuelta muchedumbre; / de la insaciable y honda podredumbre / que el rostro y la conciencia azota. [...] ¡Libertad, libertad! No eres aquella / virgen, de blanca túnica ceñida, / que vi en mis sueños pudibunda y bella. / No eres, no, la deidad esclarecida / que alumbraba con su luz como una estrella, / los oscuros abismos de la vida. // No eres la fuente de perenne gloria / que dignifica el corazón humano / y engrandece esta vida transitoria. / No el ángel vengador que con su mano / imprime en la espalda del tirano / el hierro enrojecido de la Historia”. Aun en “Tristezas” se lamenta de la inutilidad de su grito al que nadie responde.

## **Notas sobre el siglo XX**

Siglo en el que se consagra el término compromiso como invitación a los poetas –escritores en general- a escribir contra el poder –de derechas-, de escribir para concienciar al pueblo para rebelarse contra cualquier medio de opresión, de escribir contra el régimen, de servir a la “Revolución”. Quizás contra el sistema, quizás a favor de un gobierno de izquierdas, sin conciencia de las consecuencias dictatoriales y, en consecuencia represivos, de los regímenes comunistas. El estudio de la literatura española del siglo XX está condicionado por el compromiso, por el concepto de poesía –literatura- social. Y ello es válido tanto para los años anteriores a la guerra civil –incivil- de 1936 a 1939, como la literatura

de postguerra y, aun ya la surgida tras la venida de la democracia, tras la muerte de Franco. El libro de J. Lechner, “El compromiso en la poesía española del siglo XX” resulta imprescindible para conocer el desarrollo de la poesía desde 1898 a 1939. Discute este autor el término compromiso y los problemas de su elucidación, no obstante realiza un estudio que no podemos obviar sobre temas como Modernismo y Generación del 98, Bacarisse y León Felipe, Generación e 1927 (Alberti, Prados, García Lorca), Bastera y Pemán, las revistas *Octubre* y *Caballo verde* para la poesía, Morón y Gil-Albert, la Generación de 1936, las características de la poesía comprometida en este periodo; el periodo de la guerra civil, tanto la de la zona republicana como de la zona nacionalista. Incluye, por otra parte, documentos reveladores sobre el tema que nos ocupa.

Para la postguerra, se suele hablar de poesía arraigada (vuelta a los clásicos en formas y temáticas) y poesía desarraigada, en tanto que no ignora las condiciones de vida de la época y los poetas, en consecuencia, hablan de ello. Pensemos en un soneto de Muñoz Rojas, que en *Abril del alma* (1942-1943), escribe: “Mira el florido almendro donde asoma / con febrero la hoja primeriza, / y juntarse en la piedra de la herriza / lirio sin fruto a olivo sin aroma. // Y en tanto que, preñado se desploma / el cielo, en cudrial y en albariza, / la primavera con temblor avisa / su cercanía por cañada y loma. // Y mira el pegujal esperanzado, / y el bruto con el peso ennoblecido, / seguro de su vientre generoso. // Y mira el corazón ya sin cuidado / de aquella claridad que lo ha tenido, / abrirse como un mar a campo y gozo”. Todo es invitación al gozo del momento, del amor y del campo productivo. Y pensemos en otro autor, que escribiendo, más o menos por los mismos años: Xandro Valerio (nacido en Moguer (Huelva): *Taberna de suburbio*: “Esta taberna de bostezo y flato, / luciendo el lujo de un cartel de feria, / ha encartelado el vino y la miseria, / junto a otro cartel del Sindicato. // Mas no está mal para que pase el rato / en ella el hambre... (el hambre es cosa seria), / que para malsoñar, siempre hay materia / y todo sueño aquí sale barato. // La ciudad está cerca, y hay mil luces / señoritas que miran la chabola / con su ojo de candil medio apagado... / Resignación, y el bostezo, cruces, / es la receta... Bien. Ruede la bola... / Dios por las nubes... Dios. Y el vino aguado”. Los dejamos como símbolos de las actitudes creativas que siguieron a la postguerra. Aun a sabiendas de que habría que precisar muchas cosas sobre estos autores y sobre las dos tendencias poéticas, así como sobre las revistas *Garcilaso* y *Espadaña* que se vinculan respectivamente a la corriente de poesía arraigada y poesía

desarraigada. Por otra parte, los autores de una u otra tendencia evolucionan hacia una poesía muy preocupada por lo existencial.

Los años cincuenta fueron los típicos años del compromiso creativo y la literatura social: *Pido la paz y la palabra*, por ejemplo, es un libro de Blas de Otero, publicado en 1955, que señala el camino de la tendencia hacia una poesía de denuncia y, acaso, de solidaridad humana, temas existenciales y sociales: “Escribo / en defensa del reino / del hombre y su justicia. Pido / la paz y la palabra. He dicho / «silencio», / «sombra», / «vacío» / etcétera. / Digo / «del hombre y su justicia», / «océano pacífico», / lo que me dejan. / Pido / la paz y la palabra”. Como en la poesía, en la novela.

Los años sesenta se presentan como “superación del realismo social”. Los autores tienen en cuenta las circunstancias del presente pero tratan de poner el peso de la obra en la propia literaturidad o cualidad que hace literario un texto. Es época de experimentalismos, como si estuviesen los tiempos para nuevos experimentos vanguardistas. De todos modos, España –franquista, cerrada, autárquica- se ha abierto a las influencias externas y nuevas corrientes han comenzado a surgir.

Los años setenta, son considerados como de “los novísimos”, autores que acusan las influencias extranjeras, culturales, cinéfilas... Las tendencias se multiplican, aunque aún encontramos poesía social, temas existenciales –raramente ausentes de la poesía- y experimentalismos varios (poesía visual, juegos tipográficos, etc.). Será la tendencia hasta nuestros días. No obstante, se han de marcar dos tendencias sobresalientes: la de la poesía de la experiencia frente a la poesía de la diferencia. La primera sigue el camino iniciado por Jaime Gil de Biedma y suelen ser poetas muy premiados y vinculados al poder, ya en la democracia. Los poetas de la diferencia han buscado más la independencia de la oficialidad y el seguimiento de sus estéticas personales. En algún momento hasta se habló, frente a ambas tendencias, de la poesía de la disidencia.

## **Siglo XXI**

El siglo XXI es, de momento, una continuación generalizada de los años finales del XX, aunque dando pie a un cultivo de los poemas en verso libre, que, desde mi personal perspectiva, tienen más de prosa que de poesía, si bien los temas son tan variados como, por otra parte, lo han sido siempre en poesía. No podemos olvidar, ya para terminar, la creación de la Asociación llamada



Humanismo Solidario, entre cuyos socios figuran poetas y novelistas –escritores– de todas las tendencias estéticas que comparten la preocupación por los problemas del mundo actual: las desigualdades sociales, las migraciones humanas, las guerras que todavía no han cerrado sus heridas insalvables... Muy presentes se tienen, sin embargo, las palabras de Gide sobre la prioridad del artista de mantener intacta la integridad de su pensamiento y, por supuesto, añadimos, de su estética. Julio Cortázar también lo entendió de esta manera: “...el creador sólo puede ser aquel que se defina como el denunciador consciente e involuntario, enemigo natural de todo falso orden, de toda de-formación del público. El creador es un continuo toque de alarma, y su dura pero siempre maravillosa tarea se resume ejemplarmente en la frase que Platón o Jenofonte le hacen decir a Sócrates: “Los dioses me pusieron sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo, para picarlo y tenerlo despierto”. [...] El verdadero creador es aquel que arroja una piedra al agua apenas siente que la superficie se estanca; favorecedor de los desórdenes fecundos toda vez que la rutina o la burocracia intelectual amenazan hieratizar la palabra y los actos del individuo y la colectividad”. En tal sentido, se dice en el preámbulo del manifiesto del Humanismo Solidario: “La literatura y el arte son las formas que, con mayor lucidez, recogen el intento de explicación de lo que es el misterio de la existencia y en qué consiste el azar de ser hombres. Y porque creemos en este principio, sabemos que la creatividad ha de dar respuestas que supongan el **reavivamiento de la ética** y los valores sociales conculcados. No pretendemos erigirnos en defensores de ninguna causa que no sea la del hombre y sus derechos, desde la reflexión, la creación, el eclecticismo y la libertad”. Es el compromiso del nuevo arte de todos los tiempos del siglo XXI.